

PAU CASALS, EJEMPLO UNIVERSAL

ALBERT EINSTEIN DIJO: “LO QUE ADMIRO PARTICULARMENTE ES SU FIRME ACTITUD, NO SÓLO CONTRA LOS OPRESORES DE SU PUEBLO SINO TAMBIÉN CONTRA LOS OPORTUNISTAS, SIEMPRE DISPUESTOS A PACTAR CON EL DIABLO”.

AGUSTÍ FANCELLI CRÍTICO MUSICAL



Era preciso comenzar por él. De todos los músicos que Cataluña ha tenido –y no son pocos si consideramos su extensión geográfica–, Pau Casals ha sido el más universal y, al mismo tiempo, el que mejor ha representado a su tierra lejos de sus fronteras. Fue un violoncelista único, es verdad, un director admirado y, también, un compositor aplaudido en todas partes. Pero, por encima de todo, Casals fue un hombre que amó a su pequeño país con la misma fidelidad y devoción con que amó la paz y la libertad.

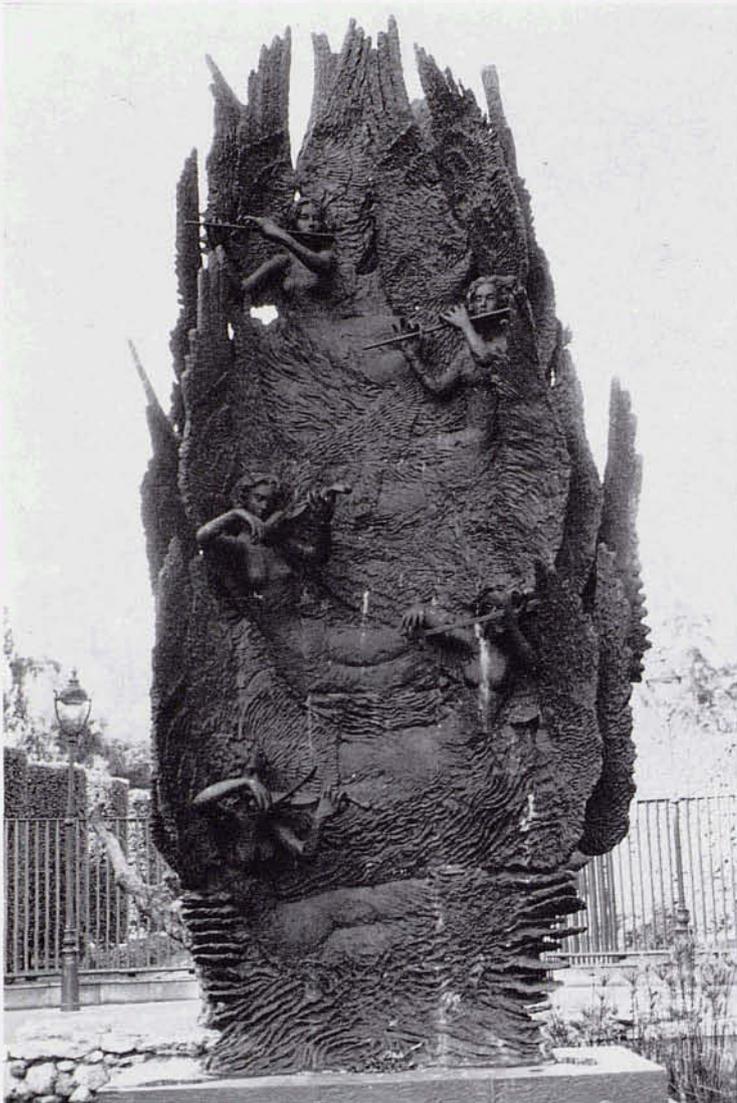
“Soy catalán. Cataluña tuvo el primer parlamento democrático mucho antes que Inglaterra. Y fue en mi país donde nacieron las primeras naciones unidas. En aquel tiempo –siglo once– se reunieron en Toulouse –hoy Francia– para

hablar de paz, porque los catalanes de aquel tiempo estaban ya contra la guerra. Por eso las Naciones Unidas, que trabajan sólo por el ideal de la paz, están en mi corazón, porque todo lo referente a la paz llega directamente a él”, dijo el maestro el 24 de octubre de 1971, en la sede de la ONU, el día que se estrenó su *Himno de las Naciones Unidas*, con texto del inglés W. H. Auden. Acabada aquella célebre audición, Casals que, desde hacía dos años, no tocaba públicamente el violoncelo, tomó el instrumento y dijo: “Les tocaré una melodía del folklore catalán: *El cant dels ocells* (*El canto de los pájaros*). Los pájaros, cuando vuelan por el cielo, cantan *peace, peace, peace*, y es una melodía que Bach, Beethoven y todos los grandes habrían admirado y querido. Y,

además, nace del alma de mi pueblo: Cataluña.”

Dos años más tarde, exactamente el 24 de octubre de 1973, el maestro se extinguía en San Juan de Puerto Rico, sin haber realizado su gran sueño de volver a la tierra que con tanta pasión amó.

Pero Cataluña le recordaba y sigue recordándole. El 26 de octubre del año 1979 sus despojos llegaban al palacio de la Generalitat, en Barcelona, sede del recuperado gobierno autónomo en una nueva etapa histórica de su país, para recibir el emocionado homenaje póstumo de su pueblo. Recibía, por fin, sepultura definitiva en El Vendrell, su pueblo, a 70 kilómetros al sur de Barcelona, que le había visto nacer más de cien años antes, exactamente el 29 de diciembre de 1876.



© MARTA RODRIGUEZ BOSCH

¿Es eso todo lo que Cataluña ha hecho para honrar a quien tanto enalteció su nombre en los cinco continentes? Ciertamente no. En 1974, la fundación que lleva su nombre, creada en Puerto Rico dos años antes, inauguraba en su casa de Sant Salvador –un bonito edificio junto a una playa de arena dorada, acariada por el plácido Mediterráneo– el museo Pau Casals, lleno de recuerdos del maestro y con un importante archivo de su ingente correspondencia. Justo enfrente, el 14 de abril de 1981, acababa de construirse un moderno auditorio donde cada verano, desde aquella fecha, se celebra un prestigioso festival de música, presidido constantemente por la memoria del gran violoncelista. Barcelona, por su parte, inauguraba dos años más tarde un monumento al comienzo

de una amplia avenida que lleva su nombre. Más allá de las piedras, los papeles y las grabaciones discográficas, ¿qué queda del maestro en Cataluña? Queda su alto ejemplo de civilidad, su imborrable estímulo para construir un mundo justo, más hermanado y pacífico. Prada de Conflent, localidad próxima a la frontera hispano-francesa, donde el maestro se exiló voluntariamente a partir de 1946, para protestar contra la política referente a España de los países vencedores en la II Guerra Mundial, y donde, en 1950, por idea de Albert Schweitzer, organizó el primero de los famosos festivales de música, fue, para los catalanes, durante mucho tiempo, una puerta abierta a la libertad. Posteriormente, a partir del estreno en Acapulco (Méjico)

de su oratorio *El pesebre*, el 24 de diciembre de 1960, la humanidad entera admiraría la decidida lucha de un músico universal en favor de la paz. Una lucha que permitiría decir al físico Albert Einstein: “Lo que admiro particularmente es su firme actitud, no sólo contra los opresores de su pueblo, sino también contra los oportunistas, siempre dispuestos a pactar con el diablo. Casals ha sabido entender, con gran clarividencia, que el mundo corre un gran peligro, tanto a causa de quienes toleran el mal o lo fomentan como de los que lo cometen.”

El profundo compromiso artístico y humano del universal violoncelista catalán sigue siendo, superada la oscuridad de la dictadura, un ejemplo de vida para su pueblo. ■